

póeritas, sacerdotes de Isis ó de Mitra, cuyas lustraciones, iniciaciones, nuevo nacimiento, ropas blancas y coronas de laurel no son mas que el instrumento y la capa de su monstruosa depravacion? Y colocó la mano sobre el broche que tenia en el hombro.

Al llegar aquí, interrumpió su discurso un ruido sordo, llevado en alas del viento, y que parecia como si muchas voces se confundiesen en una sola, suavizada por la distancia. No costó trabajo á los dos interlocutores conocer de dónde procedia.

—Amado padre, exclamó Calista, ¡ahí está el enemigo!

## CAPITULO XX.

No habia tiempo para andarse en dudas ni demoras.

—¿Qué va á ser de tí, Calista? preguntó Cecilio: te harán pedazos.

—No temas por mí, padre, respondió la jóven; soy de los suyos. Me conocen. ¡Ah! no soy cristiana; no he abjurado

sus ritos; pero, en cuanto á tí, no pierdas un momento.

—Están aun algo distantes, dijo Cecilio; sin embargo, el viento nos ha advertido felizmente de su llegada.

Miró al rededor, y tomando los libros de la Sagrada Escritura que estaban sobre el banco, añadió:

—No veo aquí nada de especial valor, á escepcion de estos libros que Agelio no pudo llevar consigo. Oye, hija mia. Voy á hacerte una gran confianza, que no haria indiferentemente á cualquier persona no cristiana. Recibe este sagrado pergamino; contiene la historia de la vida terrestre de nuestro divino Maestro. En él verás quién es Aquel á quien amamos los cristianos. Lee este libro; guárdalo con cuidado, y entrégalo, cuando se te presente la ocasion, á un cristiano. El corazon me dice que no te lo presto inútilmente. En seguida le dió el Evangelio de San Lucas, y ocultó los otros dos volúmenes en los pliegues de su túnica.

—Una palabra mas, dijo Calista: quiero saber tu nombre, por si alguna vez necesitase de tí.

El eclesiástico tomó un tizon, y escribió en la pared con letras grandes:

*“Thascio Cecilio Cipriano, obispo de Cartago.”*

Apenas hubo leído la inscripción, cuando se oyeron las voces de muchos hombres cerca de la cabaña. Calista esperando alejar el peligro que amenazaba á Cecilio, y sin temer ninguno respecto de su persona, se precipitó á su encuentro. Hubiera convenido á Cecilio huir inmediatamente, pero le quedaba un postrer deber sagrado que llenar. Se arrodilló, y sacó la santa caja que llevaba en su seno. No había comido aun nada aquel día; pero, aunque no hubiese sido así, las circunstancias en que se encontraba le permitían consumir la Santa Forma sin estar en ayunas. Abrió sin tardar el vaso sagrado, adoró el Santísimo Sacramento, y comulgó. Después, habiendo purificado el copon, le volvió á colocar bajo sus vestidos, se levantó y dejó la cabaña.

Dirigió la vista en torno de sí, y no vió en ninguna parte á Calista; de donde infirió, como cosa probable, que ni

un solo enemigo podía verle á él. No le quedaba más remedio que partir. En su turbación, tomó el peor camino; y en lugar de huir por detrás de la cabaña, separándose del lado donde se habían oído los gritos, corrió al través del jardín, por el camino abierto en la roca, y no tardó en caer en manos de la vanguardia de los amotinados.

Las injurias llovieron sobre él por todas partes.

— ¡El mágico! gritó uno; ¡hacedle pedazos! Ya le enseñaremos á tramar sortilegios contra la ciudad.

— Devuélvenos nuestras uvas y trigo, vociferaba otro.

— Cuidado, decía un tercero, porque puede convertirnos en cerdos ó en asnos mientras le quede un soplo de vida.

— Despachadle, pues, cuanto antes, dijo otro, agitando al mismo tiempo una palanca de hierro sobre su cabeza.

— ¡Alto! exclamó un joven corpulento y moreno, el cual había desviado ya muchos golpes que iban á caer sobre Cecilio. ¡Deteneos! ¿No veis que si le matais no podré destruir el encanto? Antes que nada, hacedle remediar el daño causado y retirar la maldición que

ha lanzado contra nosotros. Llevadle, conducidle á la presencia de Astarte, de Hércules ó del viejo Saturno. Le tostaremos en las parrillas hasta que cambie todas estas cañas en vides, estos guijarros en olivos y el polvo de la tierra en flor de harina. Cuando haya ejecutado todo esto, podrá bailar alegres pasos con una vaca salvaje y sentarse á cenar con una hiena.

Aquella multitud embriagada y fienética, le contestó exhalando un formidable grito de júbilo.

¡Adelante, pues! prosiguió el mismo orador con tono burlesco. Escuchad: ponedle sobre el pollino, y atadle las manos á la espalda. De este modo volverá en triunfo á la ciudad que ama. Atención, y no le toqueis antes de que sea tiempo; en otro caso, jamas destruiréis el maleficio. Venid acá, sacerdotes de Cibeles, custodiadle. Y continuó velando sobre el anciano y librándole de todos los ataques.

El asno, aunque de natural pacífico, habia experimentado rudas pruebas durante aquel dia. Es verdad que, por burla, se le habia alimentado en concepto de Dios de los cristianos; pero,

sin comprender una palabra de las aclamaciones ni de los caprichos de la chusma, aguardaba solo una ocasion propicia para manifestar que era ageno á todo lo que sucedia á su alrededor. Por el momento, no habia medio de moverse. El pueblo llegaba en masa compacta al camino abierto en la roca y obstruia el paso. Aunque el cansancio habia obligado á muchos de los amotinados á quedarse en Sicca, dispersándose otros en los campos, á cada lado de la cabana de Agelio, ó subiendo á la colina directamente y bajando al valle por el lado opuesto, no obstante el asno estuvo aún algun tiempo sin poder adelantar una pulgada: fué este un cruel momento de ansiedad para Cecilio y el jóven que le protegía. Por último, los que quedaban de la comitiva decidieron entrar en la ciudad, pero cambiando el órden de la marcha, y no permitiéndoles el espacio, demasiado estrecho, dar vuelta, la retaguardia se encontró al frente de la muchedumbre, y el asno en la última fila. Mientras bajaban por la colina, Cecilio, que iba montado sobre los paños de hilo y seda que habian adornado á la diosa Siria antes de rom-

perla el Tertulianista, veía desfilar ante sí todo el séquito. A la cabeza de este extravagante ejército flotaban los terribles estandartes de la idolatría, que los que los llevaban apenas podían sostener. Mugerres ébrias, niños harapientos y montados á espaldas de los hombres, rufianes y bandidos, Gétulos de feroz mirada, mónstruos del Atlas, que parecían asemejarse mas al mono y al perro que al hombre, máscaras, bacantes, sátiros y mimos, formaban el grueso de aquella multitud. A la mitad del camino, entre la colina por donde bajaban y la ciudad, estaba el barranco de que hemos hablado muchas veces, y que daba á la llanura ó Campo de Marte, que se estendia hasta las rocas escarpadas del Norte. El camino por donde iban cruzaba precisamente el barranco en el punto en que se abria, allanándose de manera que no presentaba sino una cómoda pendiente, allí mismo, donde el sendero estaba mas encajonado. A la izquierda todo vestigio de barranco cesaba pronto, y un camino descubierto se estendia hácia la llanura.

El jóven que habia colocado á Ceci-

lio sobre el asno, se mantenía siempre junto á él y cantaba con toda la plenitud de su voz, siguiendo el ejemplo de los demas:

Muy entrada la noche  
Aun dura la faena;  
Fuego lanza su barba,  
Sus zapatos centellas,  
Y su cola se agita  
En la veloz carrera.

—Anciano, continuó dirigiéndose á Cecilio en voz baja y en latin, tus maleficios no han hecho aún efecto en mí.

—Hijo mio, dijo el eclesiástico, es un dia mas que te concede el Señor para que te arrepientas.

—La concesion redunda en tu beneficio tanto como en el mio, respondió. Y prosiguió en los siguientes términos:

La bruja Gurta quiere  
Tomar parte en la fiesta;  
Y coja como un pato  
Con la muleta acuestas,  
Entre las bailarinas  
Luce sus buenas piernas.

A la sombra del tejo  
Ella brinca muy hueca,

Hasta que á bailar vienen  
Allí sus compañeras;  
Que estas no faltan nunca  
Para una accion perversa:  
Y baila y le enamora,  
Pero él loco no era;  
Ser dueño de sí mismo,  
No su esclavo, desea;  
Ni ya el morillo negro  
Le enviará á la escuela.

Volvióse entonces á Cecilio, y le dijo con voz apenas perceptible:

—Ya ves, anciano padre, que los cristianos no son los únicos que saben perdonar y olvidar. Llámame en adelante el generoso Juba. Y movió la cabeza.

Entre tanto habian llegado al pie de la colina, y las grandes sombras que llenaban el valle, anunciaban la caída del día. De repente, cuando cruzaban el barranco á la entrada de la llanura, Juba rompió la cuerda que ataba los brazos de Cecilio, y aplicando con ella un terrible golpe en los ijares del asno, le obligó á partir á todo correr en direccion de las montañas. Los asnos de Africa pueden hacer en una ocasion como esta mas que los nuestros. Cecilio per-

dió un instante el equilibrio; pero reponiéndose luego, cuidó de que el asno no aflojase, en cuya obra le ayudaron los gritos de la multitud, y los aullidos de los sacerdotes de Cibeles. Al fin, la oscuridad, creciendo por minutos, le ocultó á la vista de sus perseguidores, ademas de que, aun en pleno día, hubiera sido difícil alcanzarle, tratándose de gente cansada, hambrienta y ébria. Antes de tener tiempo de dar gracias al cielo por el cambio tan feliz como inesperado que acababa de verificarse en su posicion, ya Cecilio estaba en seguridad. Entonces moderó el paso del asno, de manera que no disintiese tanto del que le era habitual, y se felicitó del auxilio que encontró en él para un viaje, que de otro modo hubiera sido muy difícil por hallarse en ayunas.

No debemos terminar el día sin referir cuál fué su resultado, así respecto de los perseguidores, como de la victima que habian creído herir. Dícese de ordinario que el castigo es lento en alcanzar al crimen; pero el caso presente puede considerarse como excepcion de la regla. Mientras que el desterrado obispo de Cartago huía, la multitud, por

otra parte, cayó en el lazo que se le habia tendido. Hemos dicho ya que las autoridades de Sicca habian decidido valerse de la astucia para sacar de la ciudad á los amotinados, con el objeto de librarse de ellos de una vez y poder en seguida obrar como mejor les pareciese. En cuanto la chusma estuviese fuera de las murallas, seria fácil negarle la entrada y someterla por la fuerza. La guarnición romana, incapaz de sofocar la rebelion en las calles estrechas y tortuosas, y en las muchas callejuelas de la ciudad, habia aconsejado esta manobra, encargándose de llevarla á feliz término por todos los medios, aun los mas terribles. Ninguno de los individuos que habian salido por la tarde, debia volver á entrar por la noche; pues si bien los soldados estaban léjos de sentir la menor simpatía hácia los cristianos, aborrecian y despreciaban el populacho de Sicca. Indignados al ver su sublevacion, y considerandola como un insulto hecho á sus personas, estaban resueltos á impedir que se repitiese. Las puertas se hallaban por lo comun confiadas á la guardia ciudadana; pero la puerta Septimiana, por donde habia

salido la muchedumbre, fué reclamada en esta ocasion por los romanos. Encontrábanse en la posicion mas favorable para su proyecto. Fuera de la puerta habia una grande esplanada, al nivel de la plaza interior, limitada á derecha é izquierda por murallas sólidas, que se adelantaban oblicuamente hasta un punto en que el espacio no tenia mas ancho que el de una calle ordinaria. Las murallas se prolongaban á lo largo de este camino, hasta el que conducia al campo de Marte; y despues, el terreno estaba abierto hasta la entrada del barranco. Los soldados se colocaron en las puertas y aguardaron la vuelta de la comitiva. Cuando aquellas masas fatigadas, desalentadas y embrutecidas se vieron dentro del recinto que hemos descrito, los que venian detrás empujaron á los que iban delante, y como todos estrechaban al mismo tiempo sus filas, quedó cerrada toda esperanza de salvacion. Entonces fué cuando los soldados romanos empezaron su bárbaro y cobarde ataque. Pesadas mazas, picas, manoplas de hierro, piedras, ladrillos, palos, látigos, la espada y el arco, en una palabra, cuanto hallaban á mano les

servia de arma para destruir aquella multitud compacta de séres humanos, que no presentaba la menor resistencia. Los degollaban como corderos, pisoteándolos, y arrojando á los heridos por encima de las murallas.

Todos los que trataron de huir, atravesando por en medio de la muchedumbre, vinieron á las manos con los de detrás, y este conflicto aumentó la confusión y la derrota. Muchos anduvieron errantes en los campos ó en los bosques, y sucumbieron allí á causa del mal tiempo y del hambre, ó fueron pasto de las fieras. Otros, estenuados por los excesos y la falta de alimento, murieron de la peste, que se enervaba. Algunos días despues de esta horrible matanza, se permitió al resto de aquella chusma entrar silenciosa y como furtivamente en la ciudad, y corrió bastante tiempo antes de que el pueblo de Sicca se atreviese á expresar opinion alguna sobre el cristianismo ú otro cualquiera tema político, social ó religioso.

## CAPITULO XXI.

Cuando Jucundo se levantó al siguiente dia y supo la noticia, parecióle mas satisfactoria de lo que se hubiese atrevido á creer. Era celoso imperialista, amigo de la tranquilidad; y su desprecio hácia los indigenas corria parejas con el odio que profesaba á los cristianos. Estos habian padecido lo bastante para vengar el nombre romano, asustar á los que pudiesen tener deseos de abrazar el cristianismo y mostrar que el pueblo de Sicca no los perdía de vista. El populacho habia recibido tambien por su parte una dura leccion; la causa del orden público habia triunfado y la paz reinaba de nuevo en la ciudad. Además, sus temores acerca de Agelio se habian disipado ó estaban á punto de disiparse. Le habia denunciado secretamente á la magistratura, y poniéndose de inteligencia con las autoridades militares, habia conseguido que se le permitiese retenerlo bajo su custodia. Se presentó en compañía de un *apparitor* del estado mayor ante su sobrino, en la misma puerta en que Firmio le habia dejado,

y le encerró en un subterráneo donde relegaba sus estatuas deterioradas ó que no estaban ya de moda, y los demas desechos de su almacén, no disgustándole poder contribuir con algun padecimiento ó con el pavor á la seducción mas poderosa que esperaba ejerciese Calista. Sin embargo, acordándose de la advertencia de Juba, cuidaba de no amenazar demasiado á su sobrino con la rueda ó con las parrillas; si bien creia que un breve relato ó una idea de los inconvenientes que implicaba la profesion del cristianismo, podia ser una consideracion perentoria en medio de la persuasion que la voz y los ojos de la hermosa Griega debian infundir en su espíritu. No era ni glorioso ni heróico verse encerrado, sin que nadie lo supiese, en una cueva llena de trastos viejos; y por lo mismo creia Jucundo que aquella clausura seria de poca duracion.

Al dia siguiente, á eso de la tarde, se esparció una noticia, que desde luego rechazó como falsa, pero que pareció por un momento deber quitarle el buen apetito con que esperaba á sazonar tan perfectamente su cena. No podia dar crédito á sus oídos, cuando oyó decir

que Calista habia sido presa por inculpacion de cristianismo, y al principio su mirada igualó en lo sombría á la de los dioses egipcios que estaban en uno de los anaqueles de su tienda. Repúsose, empero, pronto, y hasta pareció divertirse mucho con la noticia. La prision era cierta, fuese el que fuera el motivo; pero ¿quién se lisonjearia de conocer este? *Varium et mutabile* (1); ¿quién responderia de los caprichos femeninos? Si Calista se hubiera enamorado del buho de Minerva, si hubiera cortado sus hermosos cabellos castaños ó héchese bailarina de cuerda, todos se habrian contentado simplemente con alzarse de hombros, y nadie habria tratado de penetrar sus razones. Pero á la profunda sagacidad de Jucundo no se ocultaba que si existia un medio mas propio que ninguno para disgustar á Agelio del cristianismo, era el de valerse de una persona que le fuese querida y que padeciese por sospechas de profesar tal religion. Mucho era ya que hubiese padecido personalmente por semejante motivo. Jucundo podia concebir y te-

(1) La mujer es un ser variable. *en latin*



nia bastante talento para convencerse de que su sobrino, llevado de su mal carácter y de su obstinacion, podria muy bien experimentar alguna satisfaccion en aquel padecimiento; mas no alcanzaba á imaginar que el jóven viese con ojos indiferentes que Calista, su amada, fuera objeto de igual castigo. Profesar el cristianismo como una opinion, un misterio ó una singularidad, no tenia nada de sorprendente; pero cuando esta profesion debia comprometer la vida ó el sosiego de otra persona, y esta persona era Calista, en ese caso, no era dudoso que Agelio seria el primero en emplear las súplicas, á fin de conseguir que la caprichosa jóven conservase para él sus dulces miradas y permaneciese fiel á los dioses de su patria; y Jucundo se sintió complacido, como ha pasado á otros en otros estados de la sociedad, con la idea de que una tierna escena de amor ó de matrimonio pondria fin pronto á tan patético drama.

No obstante, al dia siguiente fué Ariston á casa de Jucundo y le dió informes mas auténticos y circunstanciados del asunto que le interesaba. Calista habia

comparecido ante los jueces, y en vez de ser puesta en libertad, se la habia señalado otra audiencia. La razon continuaba siendo oscura: Ariston no sabia cómo explicársela, y esto le indujo casi á creer en la intervencion del espíritu maligno. Quizá su hermana hubiese practicado algunos ritos impuros; quizá se encontrase bajo el influjo de algun poderoso encanto, de esos que solo conocen los grandes mágicos; quizá sehubiese apoderado por el momento de su alma alguna deplorable ilusion ó alucinamiento. Nadie parecia conocer plenamente cómo habia caído en manos de los magistrados; pero de todos modos, era lo cierto que habia caído, y que se necesitaba pensar en los medios de sacarla de aquel abismo.

Sin embargo, cualquiera que fuese el misterio que envolvía este asunto y la ansiedad que escitaba, era todavía mas urgente instruir de él á Agelio sin demora. Si se difería demasiado el hacer que sus causas se viesen, podria suceder que la obstinacion de Calista se aumentase y encendiese igual espíritu en Agelio. ¡Cuántos disgustos ocasionan los jóvenes á ancianos que solo desean

serles útiles! Pero no habia que pensar en esto por entonces. Jucundo creia que ninguno de ellos, en el estado de padecimiento y de peligro en que se encontraban, se verian sin emocion; que su mútuo amor les obligaria á abogar el uno por el otro, persuadiéndoles á dar ejemplo, cada uno por su parte, de una concesion á la cual se exhortarian recíprocamente; y conforme á esta excelente consideracion filosófica, arregló su plan de operaciones.

## CAPITULO XXII.

Agelio habia estado encerrado treinta y seis horas en su prision subterranea, casi enteramente privado de luz, con un banco por lecho, una alfombra gruesa por cobertor, y por alimento una abundante racion de pan, vino y aceitunas. Habia oido distintamente las vociferaciones y los alaridos de los amotinados cuando, el dia de su arresto, pasaron junto al templo de Astarte; pero le fué imposible formar ninguna conjetura, tanto sobre lo que habia pa-

sado allí, como sobre la suerte de Cecilio. Tampoco sabia lo que iba á ser de él, pues á juzgar por las formalidades con que se le recibió al entrar en la casa, se hallaba efectivamente en manos de la justicia, la cual parecia haberle concedido por cárcel, como un favor, la habitacion de su tio. Un esclavo, confidente de Jucundo, le condujo la segunda noche á un pequeño gabinete, alumbrado al través del techo y situado en el piso bajo, á espaldas de la casa; y al siguiente dia, que era el segundo despues del motin, acudió allí su tio para tener con él una conversacion confidencial.

Empezó Jucundo anunciándole que estaba preso de órden del gobierno, pero que esperaba, á causa de su influjo con las autoridades, poder conseguirle la libertad y hacer que saliese de Sicca sin perjuicio de su honor. Le dijo que habia arreglado todo esto en secreto, y que al tratarle de aquel modo, no habia llevado otro objeto que salvar las apariencias con los *apparitores* que le acompañaban á su llegada. Entonces le notició que la muchedumbre habia estado en su choza, y allí se